

K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

ESQUIRLAS CULTURALES DE LOS ESTALLIDOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA (2018-2020)

Carolina Pizarro Cortés
José Santos Herceg
(eds.)

n. 24/2024



K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

ESQUIRLAS CULTURALES DE LOS ESTALLIDOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA (2018-2020)

Nº24 (2024)

Parte I

Presentación. Esquirolas culturales de los estallidos sociales en América Latina.

Carolina Pizarro Cortés y José Santos Herceg 5-6

No-ver corporal, no-ver mediático y no-ver público en las prácticas artivistas del Estallido Social de Chile (2019).

Miguel Alfonso Bouhaben 7-39

Mirar por la herida. El giro fotográfico de la denuncia desde la dictadura militar a la Revuelta Popular en Chile.

Cynthia Pamela Shuffer 41-65

Matar los ojos: intervenciones estéticas y políticas sobre las miradas tullidas tras el estallido social chileno.

Marta Pascua Canelo y Carlos Ayram 67-92

Tránsitos entre el miedo y la ira: feminismo y performance en el estallido social chileno.

Rosemary Bruna Ramírez 93-115

“El baile de los que sobran” (Los Prisioneros, 1986): tres momentos de sus recepciones y escuchas.

Cristóbal Allende Pino 117-132

Poesía revuelta en Chile: aproximaciones a un corpus desapropiado.

Biviana Hernández Ojeda 133-158

Metáforas de la(s) revuelta(s) en la narrativa chilena reciente. Federico Cabrera	159-178
Vistas aéreas, archivo y políticas de producción de verdad. Carla Nicole Ayala Valdés	179-204
De la calle a la web: testimonios de la protesta artística de octubre 2019 y su continuidad en las plataformas digitales. Carolina Pizarro Cortés	205-222

Parte II

Legitimación y deslegitimación de la violencia policial mediante racionalización en Twitter: el caso del paro nacional universitario en Colombia de 2018. Serhat Tutkal	223-255
Pueblo, emergencia popular y democracia: categorías disputadas. Cristóbal Friz	257-273
Movimientos sociales que irrumpen. Egosintonías y socializaciones aceleradas en jóvenes chilenos. Karla Henríquez	275-290
Narrativas de solidaridad durante el Estallido Social en Chile: Testigos comprometidos durante las protestas en las calles. Ximena Faúndez Abarca, Omar Luis Sagredo Mazuela y Fuad Hatibovich Díaz	291-321
Milicias en el octubre chileno. La primera línea de la protesta. José Santos Herceg	323-339
“Que la academia salga a la calle!”: saber académico y espacio público en la revuelta chilena de 2019. Jorge Eduardo Cáceres Riquelme y Nivaldo Acero	341-364
La práctica utópica como dispositivo de articulación y sostén del continuo constitucional chileno. Isabel Serra Serra	365-389

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

LA PRÁCTICA UTÓPICA COMO DISPOSITIVO DE ARTICULACIÓN Y SOSTÉN DEL CONTINUO CONSTITUCIONAL CHILENO

Utopian practice as a device for articulating and supporting the Chilean constitutional continuum

ISABEL SERRA BENÍTEZ

Universidad de Santiago de Chile (Chile)

isabel.serra@gmail.com

Recibido: 1 de noviembre de 2023

Aceptado: 26 de junio de 2024

<https://orcid.org/0009-0002-5000-1602>

<https://doi.org/10.7203/KAM.24.27627>

N. 24 (2024): 365-389. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: En el marco de la discusión por una nueva constitución en Chile, este estudio explora el rol de la utopía en la definición del horizonte político nacional. La investigación se enfoca no en la utopía como un macro relato, sino más bien en las prácticas utópicas que han mantenido el continuo constitucional desde 1980 en adelante. Se establece un marco que contempla las nociones de espacio, futuro, imaginación y esperanza vinculados a la utopía, y se esboza un panorama que ilustra posibles enfoques para entender el estallido de 2019.

La metodología abarca la categorización de seis tipos de prácticas utópicas identificadas durante las movilizaciones en plaza Baquedano, seguido de una revisión histórica que examina cómo estas mismas prácticas han influido en el panorama constitucional desde los ochenta. Se profundiza en tres prácticas principales: marchas, creación de símbolos y diálogos y para analizarlas, se utilizan métodos de diseño urbano, análisis visual y lingüístico. Los hallazgos revelan una detallada síntesis de las prácticas utópicas, subrayando sus propósitos, actores, objetivos y características. A partir de estos, se destaca la relevancia de la espacialización, visualización y futurización como herramientas para entender y proyectar aspiraciones utópicas en el tejido sociopolítico del país.

PALABRAS CLAVE: práctica utópica; continuo constitucional chileno; estallido social.

ABSTRACT: In the context of the discussion for a new constitution in Chile, this study explores the role of utopia in defining the national political horizon. The research focuses not on utopia as a macro narrative, but rather on the utopian practices that have maintained the constitutional continuum from 1980 onwards. A framework is established that includes the notions of space, future, imagination, and hope related to utopia, and it outlines a panorama that illustrates possible approaches to understanding the 2019 social uprising. The methodology covers the categorization of six types of utopian practices identified during the protests in plaza Baquedano, followed by a historical review that examines how these same practices have influenced the constitutional landscape since the 1980s. It delves into three main practices: marches, the creation of symbols, and dialogues, and to analyze them, methods of urban design, visual analysis, and linguistic analysis are used. The findings reveal a detailed synthesis of utopian practices, highlighting their purposes, actors, objectives, and characteristics. From these, the relevance of spatialization, visualization, and futurization is emphasized as tools for understanding and projecting utopian aspirations in the sociopolitical fabric of the country.

KEYWORDS: Utopian practice; Chilean constitutional continuum; Social outbreak.

INTRODUCCIÓN

A raíz de la crisis global sistémica agravada por el colapso climático, varios autores y autoras hablan del cambio de era y, por ende, de la necesidad de modificar los estilos de vida. Se están produciendo transformaciones abruptas en tecnología, demografía, economía y política lo que ha generado cambios radicales en las democracias liberales, acompañados por un deterioro en la calidad de vida y en la convivencia entre diversos actores de la sociedad.

La crisis global subprime de 2008 detonó un ciclo de malestar en varios lugares del mundo, generando procesos de inestabilidad, estallidos y revueltas sociales en la siguiente década, que culminaron con la llegada del COVID-19 en 2020. La pandemia obligó al encierro de millones de personas en sus casas. Tras el fin de los confinamientos y el regreso a la presencialidad de las actividades, se ha observado una profundización de las desigualdades y el aumento de la violencia.

En un mundo donde la distopía ha tomado el control de la narrativa del fin del mundo, el miedo se ha convertido en un factor determinante en la percepción del futuro. El pasado vuelve con las guerras, el presente se acelera con el cambio climático y el futuro parece cancelado sin alternativas, lo que nos lleva a un lugar donde el progreso y el futuro ya no son sinónimos.

Sin embargo, frente a este panorama complejo, surge la pregunta sobre cómo imaginar el futuro y cuál es el rol de la utopía en este proceso. Recordando a los primeros urbanistas utópicos, quienes fueron capaces de observar críticamente su entorno y, a partir de esa observación, plasmar el deseo y la imaginación en propuestas espaciales de un mundo mejor, podemos plantear que la utopía se presenta como una herramienta, un plan, un proyecto o un sistema que nos podría servir para construir horizontes deseables para la sociedad. Desde esta perspectiva, la concepción del futuro se convierte en un espacio que representa una imagen poderosa, permitiéndonos desear y construir una visión coherente para salir del presentismo e imaginar futuros posibles.

Antes de la pandemia, en varios países de Latinoamérica se desencadenaron una serie de estallidos sociales como respuesta a diversas crisis locales. Chile no fue ajeno a este contexto de crisis global. El país experimentó un proceso de malestar que se manifestó en el estallido social de 2019, cuyo detonante fue el aumento de la tarifa del transporte público, pero que rápidamente se convirtió en un movimiento masivo que exigía cambios profundos en el modelo económico, social y político. En este caso, el estallido social abrió un intenso debate sobre el futuro del país. En particular, la clase política decidió encauzar esta discusión hacia un nuevo proceso constitucional. De alguna manera, la Constitución ha sido el espacio donde, de forma permanente, se han debatido los proyectos de futuro para el país. Según

Salazar (2022), este proceso refleja la demanda del pueblo chileno por una Constitución que responda a sus aspiraciones y necesidades. Esta "porfía constitucional" ha perdurado a lo largo de los años, sostenida por una resistencia decidida que ha logrado superar múltiples ciclos políticos.

En este contexto, este estudio explora el rol de la utopía, no desde los grandes relatos utópicos asociados a socialismos concretos, sino a través de pequeñas acciones y resistencias utópicas que han alimentado, a lo largo de los años, la esperanza del pueblo chileno por un futuro mejor. A pesar de que el proyecto constitucional pueda parecer una meta inalcanzable y, de hecho, haya fracasado tras dos intentos (en 2022 y 2023), su esencia radica en la creación de un horizonte que orienta nuestras acciones. Este deseo constante ha perdurado gracias a múltiples prácticas utópicas desplegadas en el espacio público desde 1980, impulsadas por agendas específicas que se alimentan y conectan entre sí, y que, dependiendo del contexto, se van reproduciendo hasta culminar en la demanda constitucional.

Cada vez más, el futuro parece cancelarse. Sin embargo, la utopía sigue siendo un horizonte que orienta las acciones, incluso en contextos distópicos. No se limita a ser un gran proyecto, sino que también se manifiesta en una serie de prácticas cotidianas que nos permiten imaginar y construir futuros deseables. En este sentido, y dado el contexto, comprendemos que lo esencial de la práctica utópica reside en su manifestación a través de pequeñas manifestaciones espaciales, en donde convergen la imagen y el lenguaje.

MARCO TEÓRICO

El concepto de utopía tiene sus raíces en la obra de Tomás Moro, quien describe una organización social y política ideal, basada en principios racionales. A partir de esta obra, la utopía se convirtió en un concepto que critica el presente mediante relatos de viajes ficticios (Müller & Halder 2010). Siguiendo esta línea, Mumford (2015) amplía el significado de la utopía, viéndola como un "método de pensamiento holístico" que fomenta el desarrollo orgánico y la trascendencia de la sociedad. Para él, la utopía conecta pasado y futuro, y está profundamente ligada al progreso. En palabras de France, "sin los utopistas del pasado, los hombres todavía vivirían en cavernas, desnudos y miserables. Fueron los utopistas los que delinearon la primera ciudad... Los sueños generosos producen realidades benéficas. La utopía es el principio de todo progreso y el ensayo de un mundo mejor" (Anatole France en Mumford, 2015).

De manera similar, Bloch (2004) desarrolla el concepto de utopía crítica, vinculando el futuro con las contradicciones del presente. A diferencia de las utopías tradicionales, que proyectan mundos cerrados, la utopía crítica tiene un enfoque

dialéctico en el que la esperanza juega un papel activo en la transformación histórica. Para Bloch, “la esperanza no es una espera pasiva, sino una espera activa que incita a la transformación” (Bloch, 2004:27).

La utopía es una herramienta que revela las posibilidades latentes en la sociedad actual, permitiendo vislumbrar un futuro más prometedor. En este contexto, el concepto de “utopía en proceso” de Bloch (2004) se convierte en una fuerza transformadora dentro de la historia y la cultura, y no en un simple ejercicio de fantasía. El pensamiento utópico ilumina las potencialidades del presente y se involucra activamente en la realidad cambiante, actuando sobre lo que ya existe. Como él mismo afirma, “el verdadero traspasar no está dirigido al mero espacio vacío, sino al movimiento de lo existente” (Bloch, 2004:26).

Abensour (2020) vincula el concepto de utopía con el espacio al señalar que la palabra proviene del griego *ou* (no) y *topos* (lugar), formando la idea de “no lugar”, lo que implica un sitio aislado y separado del mundo. Según él, la utopía no pretende describir una sociedad perfecta, sino algo diferente al orden actual, un lugar que aún no existe. El autor (2021), afirma la ambigüedad del término, describiendo la utopía como un “lugar de ninguna parte” y a la vez un “lugar feliz”, donde coexisten múltiples sentidos e inspiraciones, lo que le otorga unicidad y permite la libertad creativa del autor. El vínculo entre utopía y espacio es fundamental, la “utopización del espacio” implica transformar un lugar concreto en un sitio donde se materializan los ideales de una sociedad más justa y armónica (Tutor, 2016). El autor destaca que “la dimensión topográfica es esencial, pues el espacio construido juega un rol estabilizador de la idea utópica” (s/p). Desde los primeros modelos de ciudades ideales, como la ciudad imaginada por Platón, hasta las ciudades utópicas modernas, el espacio ha sido crucial para convertir en realidad estos ideales.

Durante la crisis europea del siglo XV, el descubrimiento del Nuevo Mundo despertó un fuerte deseo utópico. Santos explica que “se desea lo que no se tiene” (2010:43), refiriéndose al anhelo de una sociedad libre de los vicios europeos. Aínsa añade que “la idea abstracta del Edén se objetiva y se vuelve concreta” (Aínsa, 1999:124) en América, transformándose en un espacio de oportunidades, impulsado por la expansión mercantil (Santos, 2010). En este sentido, la utopía en América adquiere una dimensión espacial clave, relacionada con la creación de territorios y ciudades ideales. En el contexto latinoamericano, Heffes (2013) subraya la importancia de la dimensión espacial, al destacar que el continente ha sido históricamente un campo de experimentación para proyectos utópicos sociales, culturales y políticos.

A lo largo de la historia, la idea del futuro ha sido representada de diversas maneras. Primero, está la representación del destino, que se enfoca en la adivinación o profecía como un medio para descubrir el futuro. Este enfoque, presente desde el

Siglo V a.C., intenta predecir el destino de una persona o cultura a través de prácticas místicas o religiosas. En contraste, el porvenir plantea un futuro imaginado, basado en situaciones posibles, descrito en términos de utopía o ciencia ficción. Este modo de expresión emerge entre los siglos XV y XIX, cuando el pensamiento filosófico y científico comenzó a proyectar escenarios futuros a partir de la observación y la imaginación. Finalmente, el devenir se sitúa en el contexto de un discurso histórico, donde el futuro es el objeto de una acción planificada. A través de la futurología y la prospectiva, el futuro se estudia para anticipar y modelar los acontecimientos venideros (Decouflé, 1980; Miklos y Tello, 2007; Aceituno, 2014)

Hölscher (2014) ofrece una interpretación del futuro enmarcada en su análisis de la temporalidad histórica, donde el concepto de futuro adquiere mayor claridad durante la Ilustración. A diferencia de épocas anteriores, el futuro, junto con el pasado y el presente, forma parte de una división moderna del tiempo que no se percibe únicamente como una extensión del presente, sino como un espacio abierto y no determinado, susceptible de ser imaginado y transformado. Siguiendo esta línea, Koselleck (1993) argumenta que, a diferencia del pasado, el futuro no puede ser experimentado ni verificado empíricamente; su conocimiento se basa en proyecciones, expectativas y probabilidades. Mediante la separación entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, señala que el futuro moderno se desvincula de la repetición cíclica del pasado, presentándose como un campo de posibilidades que puede ser moldeado por la acción humana.

La imaginación desempeña un papel crucial en la creación de horizontes, ya que permite concebir realidades alternativas que aún no existen. Imaginar el futuro no es solo un ejercicio creativo, sino también una forma de abrir nuevas posibilidades que puedan transformar el presente. Como señala Audi (2004), la imaginación se define como la capacidad de generar algo novedoso, algo que se destaca de la realidad presente o que no está siendo percibido en un momento determinado. Su esencia radica en la intencionalidad, enfocándose hacia un objeto que puede ser imaginario o no tener correspondencia en la realidad tangible.

Ricoeur (1994) sostiene que la imaginación es un elemento fundamental en la construcción y cohesión de las sociedades, ya que los símbolos que estructuran la realidad social y política son productos de la imaginación. Estos símbolos no solo refuerzan el entendimiento colectivo, sino que también forman parte del imaginario social que define una comunidad. La distinción que Ricoeur establece entre ideología y utopía es importante. Mientras la ideología refuerza y mantiene los símbolos establecidos, reafirmando lo existente, la utopía, impulsada por la imaginación busca transformar esa realidad. De este modo, la imaginación juega un rol dual, consolidando lo que ya es y, a su vez, proyectando lo que podría ser, lo que le permite actuar como un motor de cambio continuo en la redefinición de las sociedades. Para

Ricoeur, "las ficciones resultan interesantes, no porque son meros sueños lejanos a la realidad, sino porque pueden dar forma a una nueva realidad" (Ricoeur, 1994:349), destacando que la utopía es una poderosa expresión del imaginario social que influye en cómo las personas se sitúan en la historia.

Complementando estas ideas, Almonacid (2018), señala que la imaginación desempeña un papel activo en la vida cotidiana, funcionando como un puente entre el pensamiento y la acción. Para Almonacid, imaginar "nos permite adelantarnos a los hechos y nos guía cuando nos movemos en un mundo que todavía no existe, pero que puede llegar a ser" (2018:158). Así, la imaginación no solo conecta las ideas con las acciones, sino que también posibilita la transformación de la realidad, abriendo nuevos horizontes. Esta capacidad de generar cambios está profundamente ligada al pensamiento utópico, una de las formas más poderosas de visualizar y construir futuros alternativos.

Volviendo a Bloch, la relación entre la imaginación y la esperanza es central en el pensamiento utópico, la esperanza no es un sentimiento pasivo, sino un acto activo que impulsa la transformación social. Esta esperanza se fundamenta en la imaginación, que actúa como una fuerza creativa capaz de visualizar futuros posibles aún no realizados. Según Bloch, "la esperanza no es solo emoción, sino más esencialmente un acto dirigido de tipo cognitivo" (Levitas, 1990:14). En este sentido, la imaginación es la herramienta que proyecta esos futuros deseados. No se trata simplemente de sueños, sino de la capacidad de imaginar lo que Bloch denomina "utopías concretas", las cuales tienen el potencial de materializarse a través de las prácticas. Por tanto, la esperanza actúa como el motor que dirige estas proyecciones imaginativas hacia la transformación real del mundo (Levitas, 1990).

ANTECEDENTES

Las movilizaciones populares contemporáneas en Chile y la evolución de su identidad política están profundamente conectadas con influencias históricas y la posibilidad de construir nuevas visiones utópicas. Salazar (2022) sostiene que la herencia comunera europea, que originalmente se opuso al absolutismo monárquico, fue adaptada en América, creando una cultura cabildante que jugó un rol clave en los procesos independentistas. Esta dinámica influyó decisivamente en la formación de la identidad política chilena, manifestada en la creación de diversas constituciones a lo largo de su historia, desde las de 1818, 1822, 1833, hasta las de 1925 y 1980. No obstante, Salazar señala que, a pesar de esta rica tradición constitucional, las recientes instancias de creación y modificación de la Constitución han excluido la idea de soberanía popular. Esta omisión ha conducido a una serie de problemas acumulativos en el país, ya que "los problemas sociales, económicos, culturales y

políticos nunca se han resuelto, o se han resuelto a medias, que, por tanto, se acumulan, tensionan, revuelcan, hieren y arrastran a lo largo de los siglos” (Salazar, 2022:11).

La demanda por una nueva Constitución en Chile responde a la necesidad de superar la Constitución de 1980, instaurada en el contexto de la dictadura de Pinochet y que, desde su origen, ha sido objeto de críticas por su falta de legitimidad. Este deseo encuentra sus orígenes en hitos significativos, como el *caupolicanazo* de 1980, liderado por el expresidente Eduardo Frei Montalva. Con el paso de las décadas, este anhelo se ha mantenido vivo gracias a movimientos, acciones y prácticas, teniendo un hito importante con el Plebiscito de 2020. Este último buscaba consultar a la ciudadanía sobre la apertura de un proceso constituyente para elaborar una nueva Constitución y definir el mecanismo adecuado para llevarlo a cabo. Salazar (2022) contextualiza este persistente impulso como parte del "continuo constitucional". Este devenir evidencia la voluntad del pueblo chileno de superar paradigmas políticos y configurar un marco legal que refleje genuinamente sus necesidades y visiones de futuro.

La Constitución de 1980 sustituyó a la de 1925, consolidando así el régimen de Pinochet. No fue sino hasta 2005, después de un escándalo político durante la administración de Ricardo Lagos, y a través de las reformas impulsadas por Michelle Bachelet, que se empezaron a cuestionar y modificar los elementos autoritarios de dicha Constitución. Bachelet (2014), entendiendo el contexto y la urgencia de implementar cambios profundos en Chile, declaró en su segundo programa de gobierno en 2014, “necesitamos una nueva Constitución que verdaderamente nos represente, un marco constitucional y político que asegure derechos y atienda las demandas ciudadanas por mayor participación y representatividad”. En 2015, la presidenta Bachelet inició el proceso constituyente. Sin embargo, este esfuerzo se vio obstaculizado por escándalos de corrupción y falta de consenso político. Cuando Sebastián Piñera, presidente de derecha, retomó la presidencia en 2018, desestimó la iniciativa del gobierno anterior. En el segundo año de su mandato, se acrecentaron los conflictos sociales que culminaron en el estallido social de octubre de 2019, una reacción a décadas de políticas de corte neoliberal en Chile.

Podríamos decir que el estallido social de 2019 en Chile fue una reacción espontánea tras décadas de políticas neoliberales, caracterizadas por la desregulación y la privatización de lo público, así como por la creciente pérdida de legitimidad del sistema. Aunque el aumento en la tarifa del transporte público fue el detonante inmediato, el malestar ciudadano llevaba gestándose durante años. Este estallido no fue un hecho aislado, sino el resultado de más de cuatro décadas de un modelo político y económico neoliberal impuesto en la Constitución de 1980.

Es importante entender que las aspiraciones utópicas no siempre se originan en

ideales abstractos; como se evidenció en este contexto, estas aspiraciones pueden surgir en respuesta a realidades políticas y socioeconómicas concretas. En este escenario, la utopía se transforma en una herramienta de resistencia y reimaginación frente a sistemas opresivos, excluyentes y segregadores, trascendiendo su carácter de construcción de horizontes.

El estallido social chileno, sorprendente para muchos, se originó en tensiones y deseos acumulados en la sociedad. Según Noguera & Goikoetxea (2021), estos eventos no son aleatorios, sino que emergen del deseo colectivo y del imaginario social de vivir de una manera diferente. Este deseo, profundamente emocional y asociado al placer, representa las aspiraciones reprimidas de la sociedad. Guattari (2020) describe este fenómeno como la liberación de una "multitud de deseos reprimidos", que puede llevar al caos, especialmente en un contexto dominado por el neoliberalismo.

Desde una perspectiva política, los estallidos sociales representan puntos de inflexión donde diversos grupos con diferentes demandas convergen en el espacio público. Durante estos eventos, la sociedad reconoce la singularidad del momento, unificándose y reformulando su identidad (Noguera & Goikoetxea, 2021). El estallido social chileno refleja la transformación social y la aparición de nuevas identidades políticas, todas nacidas del deseo compartido de cambio, evento transformador lleno de utopías que desafiaron las normativas existentes y expandieron la imaginación colectiva.

Mumford (2015) destaca que tanto el pasado como el futuro actúan como fuentes de utopías. Esta explosión social no solo quebrantó la linealidad del tiempo en la cotidianidad neoliberal, sino que también intensificó la vida, fusionando pasado, presente y futuro (Deleuze, 2005, Meneses, 2020). Durante el estallido, surgió un deseo colectivo de encontrar "sostén en el mundo", proporcionando anclajes a la realidad y ofreciendo esperanza en un futuro diferente (Freud, 1999; Araujo, 2018). Estos anclajes no son únicamente individuales, sino también colectivos y responden a las demandas históricas. La perspectiva de Koselleck (1993, Araujo 2018) sugiere que estas expectativas sobre el futuro actúan como guías emocionales y racionales para interpretar el presente. Estas reflexiones subrayan el poder transformador del estallido social en Chile y su capacidad para re imaginar el futuro.

Dentro de este contexto, Canales (2022) analiza el ethos neoliberal que se arraigó en Chile, producto de las siete modernizaciones propuestas por José Piñera¹ en los años ochenta, abarcando ámbitos tan vitales como lo laboral, la salud y la educación, entre otras. Más que simples reformas, este ethos transformó radicalmente la

¹ Hermano de quien posteriormente fue elegido presidente de la república en dos periodos alternados, representando al conglomerado de centro-derecha.

naturaleza de la vida diaria y las relaciones humanas, redefiniendo a la sociedad chilena como un conglomerado de individuos consumidores. Las interacciones genuinas dieron paso a un "sistema de prácticas cotidianas" (Canales, 2022:21) donde todo vínculo social se redujo a la naturaleza contractual.

A pesar de que la adaptación a estas prácticas neoliberales parecía total, con una sociedad que había creado un pacto tácito de aceptación y continuidad del sistema, las protestas de octubre de 2019 rompieron ese acuerdo. Como lo señala Canales, el estallido evidenció no solo un rechazo al modelo, sino una profunda "crisis del sentido común" (Canales, 2022:16). Lo que una vez fue aceptado como la norma y lo cotidiano, ahora era cuestionado y desafiado, revelando las grietas en la filosofía neoliberal que sostenía la vida diaria de Chile.

Este malestar, que se manifestó en las protestas, puede entenderse como una sensación indefinible de desazón. Sin embargo, Valera (2021) va más allá y entiende el malestar social como la percepción negativa respecto a varias dimensiones de la vida social, tales como estructuras socioeconómicas, políticas e institucionales, y relaciones interpersonales. Esta insatisfacción se traduce en desconfianza hacia instituciones, inseguridad y sensación de no representación y distribución equitativa del bienestar.

Este descontento se podía identificar ya desde el informe del PNUD de 1998 sobre Chile, que señalaba un "malestar difuso y mudo" (PNUD, 1998:50) en el país, particularmente singular dado su exitoso modelo económico. Argumentaba que el progreso no se reflejaba equitativamente en la subjetividad de sus ciudadanos, creando "déficits de integración social" (PNUD, 2017:25). Con eventos como el "pingüinazo" de 2006 y las protestas estudiantiles en 2011, este malestar silente tomó voz, exigiendo un sistema educativo público, gratuito y de calidad, y evidenciando un cambio generacional en las demandas y expresiones de inconformidad.

En la relación entre malestar y desigualdad, muchos consideran a esto último como la causa principal. El informe "Desiguales" del PNUD (2017) destacó que las desigualdades sociales se ven como injustas tanto en sus orígenes como en sus consecuencias y pueden tener impactos negativos en la economía, interacciones sociales y legitimidad política. Según este documento, las desigualdades son "diferencias en dimensiones de la vida social que implican ventajas y desventajas" y que son percibidas como "injustas o moralmente ofensivas" (PNUD, 2017:10).

En cuanto a la relación entre malestar y desigualdad, algunos análisis consideran a esta última como una de las causas principales del estallido. El informe *Desiguales* del PNUD (2017) destacó que las desigualdades sociales son percibidas como injustas tanto en sus causas como en sus consecuencias, y que pueden tener efectos negativos en la economía, las interacciones sociales y la legitimidad política. Según este informe, las desigualdades son "diferencias en dimensiones de la vida social que

implican ventajas y desventajas”, percibidas como “injustas o moralmente ofensivas” (PNUD, 2017:10).

Como sugiere Luna (2021), la crisis que ha sacudido a Chile en los últimos tiempos, es fundamentalmente política, y no simplemente económica. A pesar del rápido avance económico del país y el aumento de la movilidad social en las últimas tres décadas, existe un descontento latente. Garretón (2016) refuerza esta perspectiva al identificar la "gran ruptura", una creciente desconexión entre las instituciones políticas y la sociedad que implica una crisis del sistema y de la forma en que una sociedad se constituye, una sociedad emergente que se aleja de instituciones tradicionales como la familia, la iglesia y la educación. Garretón (2021) describe esta nueva estructura como una tendencia hacia la horizontalidad, una inclinación que desafía y a menudo rechaza la autoridad y la jerarquía en favor de una dinámica en la que la autoridad se concede solo si es percibida como legítima por el individuo.

Este trasfondo nos lleva a la observación de Martucelli (2019) sobre el estallido social en Chile. El autor, percibe en estas movilizaciones populares una fuerza que, aunque a veces carece de una estructura política clara, posee el poder intrínseco de cuestionar y remodelar las estructuras existentes. Las manifestaciones no son solo un síntoma de descontento, sino también una expresión de una creciente conciencia crítica hacia las desigualdades y limitaciones del sistema capitalista. En este escenario de movilización y descontento, Martucelli identifica un potencial para imaginar y construir nuevas utopías, fundadas no en estructuras jerárquicas tradicionales, sino en experiencias colectivas y colaborativas.

Durante el estallido social en Chile, el potencial de cambio se materializó no solo en ideas teóricas, sino también en acciones concretas que revelaron diversas prácticas utópicas impulsadas por individuos y colectivos. Estas acciones, desplegadas en el espacio público, buscaron construir un horizonte político, utilizando la imagen y el lenguaje como herramientas clave de comunicación.

Entre estas prácticas, destacaron seis formas principales. La más visible y significativa fueron las marchas masivas, que se convirtieron en un medio para que la población expresara su descontento y aspiraciones de cambio, siendo la plaza Baquedano, renombrada "plaza Dignidad", un símbolo central de estas manifestaciones. También los símbolos visuales desempeñaron un rol crucial, con colectivos como movimientos feministas, activistas de derechos humanos y representantes de pueblos originarios que elaboraron banderas, carteles y otros elementos para transmitir mensajes y construir narrativas propias.

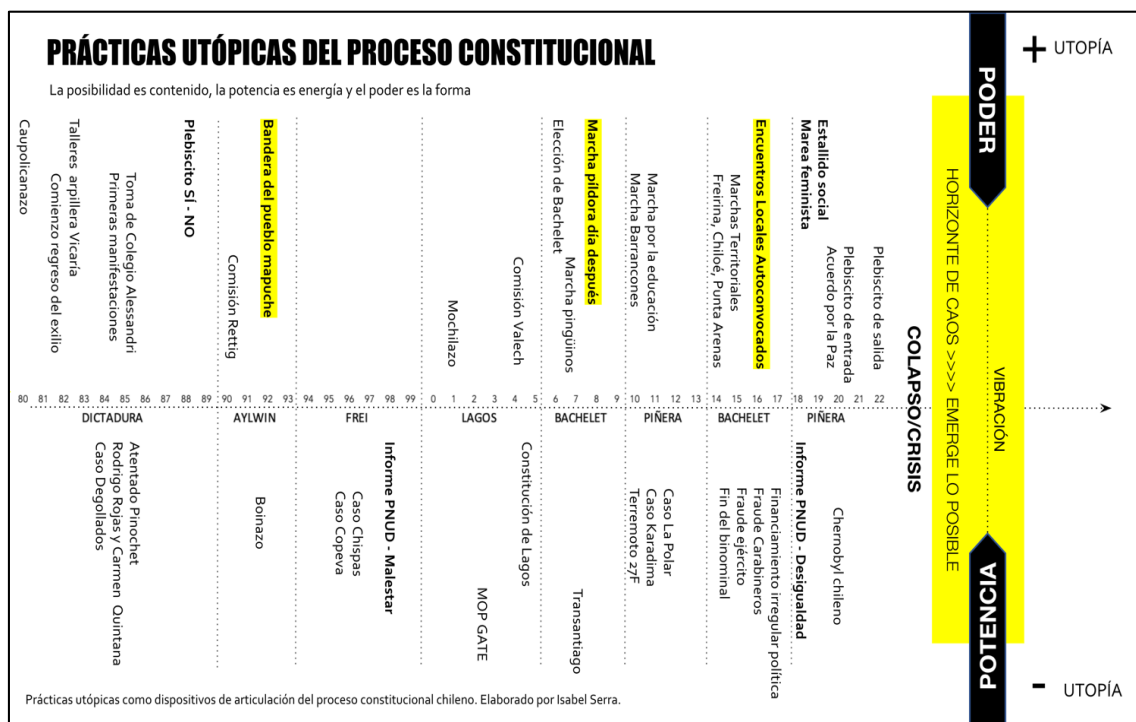
El diálogo político emergió en espacios de discusión como cabildos y asambleas barriales, donde se debatieron temas políticos y sociales, promoviendo la participación democrática. El arte ocupó un lugar destacado a través de performances que combinaban lo artístico y lo político, muchas veces con un

enfoque de género que denunciaba la violencia de las fuerzas del orden. Los murales y grafitis transformaron los muros de la ciudad en narrativas visuales del sentir popular, mientras que las prácticas cotidianas de resistencia, como cocinar, bailar y tejer, lideradas principalmente por mujeres, se convirtieron en símbolos de solidaridad y esperanza, con las ollas comunes y las reuniones de tejido reflejando el apoyo comunitario. Estas prácticas compartieron un objetivo común, proyectar un futuro alternativo y más justo mediante el ejercicio de la imaginación, la creatividad y la acción colectiva.

ANÁLISIS: PRÁCTICAS UTÓPICAS Y HORIZONTE DE TRANSFORMACIÓN

Históricamente, la lucha por la soberanía popular en Chile ha sido una constante. Desde la década de 1980, diversas prácticas sociales y políticas han mantenido vivo el "continuo constitucional" chileno, operando dentro de una lógica de porfía o persistencia. Esto no significa que todas estas prácticas giran exclusivamente en torno a la idea constituyente, sino que, de manera consciente o no, contribuyeron a la construcción de horizontes utópicos.

El análisis se centra en el período que abarca desde el *caupolicanazo* de 1980, el primer llamado a una nueva constitución durante la dictadura, hasta el proceso constituyente de 2022. Entre los hitos más destacados figuran el plebiscito de 1988, las protestas estudiantiles de 2006 y 2011, la marea feminista de 2018 y el estallido social de 2019, eventos que marcaron momentos cruciales de crisis y transformación en Chile. Estos momentos se interpretan como dispositivos de cambio dentro del marco del proceso constitucional chileno.



Para contextualizar las prácticas utópicas que emergieron durante el estallido social de 2019, es fundamental identificar los hitos históricos desde la vuelta a la democracia, ya que constituyen el marco donde dichas prácticas surgieron. En este recorrido temporal destacan manifestaciones como la marcha por la píldora del día después, la creación de la bandera del pueblo mapuche y los encuentros locales autoconvocados. Estas acciones se comprenden como los primeros dispositivos utópicos que articularon nuevas formas de resistencia y proyecciones de futuro.

En estas prácticas, se subraya la relación entre poder y potencia, donde el poder es visto como una estructura establecida, mientras que la potencia actúa como una fuerza transformadora. Además, se observa el tránsito desde la crisis hacia la emergencia de nuevas posibilidades, un proceso dinámico de transformación. En este contexto, el concepto de utopía se enmarca como un horizonte de posibilidades que emerge a partir de las crisis sociales y políticas. A lo largo de la historia reciente de Chile, ciertos momentos de colapso han generado espacios donde lo utópico ha florecido, configurando nuevos horizontes de cambio y, en algunos casos, posibilitando la construcción de un poder constituyente.

Se identificaron las prácticas utópicas como acciones reiterativas y sistemáticas, impulsadas por personas, colectivos o movimientos que buscaban construir un horizonte político y lograr cambios en la realidad a corto, mediano y largo plazo. Estas prácticas se definieron por un acontecimiento y se desplegaron en el espacio público, utilizando imagen y lenguaje para transmitir su mensaje. De las seis prácticas identificadas durante el estallido social de 2019 (marchas masivas, símbolos

visuales, diálogo político, arte político, murales y grafitis, y prácticas cotidianas de resistencia), se seleccionaron las tres primeras por su mayor impacto. Además, se identificaron sus versiones originarias y constitutivas desde el retorno a la democracia, analizando cómo estas prácticas se manifestaron específicamente en los ámbitos espaciales, visuales y del lenguaje (la marcha por la píldora del día después, la creación de la bandera del pueblo mapuche y los encuentros locales autoconvocados).

Marcha de la píldora del día después

Una marcha política es una manifestación en la que diversos colectivos expresan su descontento y aspiran a generar cambios. Generalmente pacíficas, estas manifestaciones están organizadas por entidades como partidos políticos, sindicatos y otros grupos, y suelen implicar un desplazamiento desde un punto de encuentro hasta lugares representativos del poder, donde se entrega un petitorio. En algunas ocasiones, también se realizan sin movimiento para ofrecer discursos. En Chile, tras tres décadas en las que el espacio público no fue empleado por la ciudadanía para manifestar sus demandas, en 2008 tuvo lugar la primera marcha masiva, organizada y de carácter feminista en la era democrática, centrada en los derechos reproductivos de las mujeres: la marcha de la píldora del día después.

Durante el primer mandato de Bachelet, se avanzó considerablemente en la inclusión y defensa de los derechos de las mujeres. Se establecieron normativas y programas, tales como la promoción de jefas de hogar, la creación de jardines infantiles, la introducción del bono por hijo y la implementación de la Ley de igualdad de remuneraciones. Sin embargo, en 2006, la decisión del Ministerio de Salud de distribuir la píldora del día después en consultorios desató una profunda controversia, polarizando a la sociedad entre visiones progresistas y conservadoras. En respuesta a esta polarización, el movimiento en defensa de la anticoncepción organizó una marcha desde plaza Baquedano hacia paseo Bulnes, el 23 de abril de 2008, además de diversas actividades que culminaron con un fallo judicial favorable a la distribución de la píldora. Pese a que el movimiento por la anticoncepción perdió fuerza con el tiempo, estableció las bases para futuras manifestaciones feministas en el espacio público, inspirando acciones como las del movimiento feminista universitario en 2018 y las recurrentes marchas del 8 de marzo.

En este caso, el espacio juega un papel fundamental en la realización de marchas, y la plaza Baquedano, debido a su ubicación y a su morfología, se ha erigido como un punto neurálgico en la ciudad. Esta plaza, reconocida por su significado histórico, ha sido escenario de múltiples celebraciones, conmemoraciones, manifestaciones y prácticas utópicas que reflejan la alegría, el descontento, demandas sociales y otras

manifestaciones, convirtiéndose en un lugar donde la utopía toma forma. Renombrada como “plaza dignidad” en tiempo de estallido social, la plaza evidencia cómo el espacio público puede transformarse. Esta adaptabilidad permite que tales prácticas se *espacialicen*, ofreciendo un escenario para la expresión colectiva y la construcción de un futuro colectivo.

Geográficamente, la plaza se sitúa en una ubicación estratégica, transformándose en el centro geométrico de la ciudad, rodeada de importantes monumentos, parques y estructuras geográficas como el cerro San Cristóbal y el río Mapocho. Esta posición la convierte en un nexo de movilidad, donde confluyen distintas vías estructurantes y medios de transporte. A pesar de su importancia vial, hay una tensión constante entre peatones y vehículos. En una ciudad extensa de ocho millones de personas, la zona alrededor de la plaza es densa, con distintas comunas convergiendo en este punto, y una población flotante que añade alrededor de 1 millón de personas diarias al sector. Morfológicamente, el lugar se caracteriza por una interacción entre espacios llenos y vacíos, proporcionando una dinámica y vitalidad urbana única. En cuanto a la arquitectura, la plaza está rodeada de edificios de diferentes estilos que reflejan momentos históricos distintos, contribuyendo al paisaje y al carácter del espacio público.

A lo largo de los años, la plaza Baquedano se ha consolidado como un símbolo de encuentro y memoria en la ciudad. Sin embargo, también resalta una evidente segregación espacial, estableciendo claras diferencias, dos ciudades en un solo espacio, caracterizándolas como distintas y distantes entre sí. Con el paso del tiempo, lo que antes era un vacío se ha ido llenando de calles, edificaciones y plazas, convirtiéndose en un epicentro de actividades y convivencia. Las personas, mediante sus interacciones y las dinámicas de poder, han moldeado y redefinido el paisaje urbano. Así, en este contexto, las interacciones sociales adquieren una dimensión física, forjando conexiones tangibles entre el espacio, su historia y las estructuras de poder.

La tensión en plaza Baquedano es evidente, ya que el conflicto involucra tres dimensiones espaciales: el espacio concebido, el espacio percibido y el espacio vivido. Según la dialéctica del espacio de Lefebvre (2013), esta tensión surge a partir de la configuración espacial y se intensifica en relación con los usos y prácticas cotidianas que se establecen en torno a la reproducción de las relaciones de producción. En plaza Baquedano, la discordancia entre el espacio concebido, percibido y vivido genera una disrupción en la interpretación y experiencia de las personas en el espacio. Esta incongruencia, por ejemplo, provoca tensiones cuando se intentan manifestar prácticas utópicas en dicho espacio.

En resumen, plaza Baquedano trasciende su existencia solo como espacio físico y a pesar de las tensiones y roces entre diversas dimensiones del espacio, la plaza se

transforma en un reflejo de la sociedad y sus complejidades. Esta se ha posicionado como un epicentro de expresión, creatividad colectiva y materialización de visiones utópicas, tal como lo refleja la marcha de la píldora del día después. Este lugar simboliza cómo el esfuerzo conjunto puede transformar no solo la forma en que se utiliza un espacio, sino también cómo se percibe, invitando a concebir futuros alternativos para la sociedad. La dinámica que aquí se desarrolla encarna la idea de *espacialización*, en la que aspiraciones y conceptos toman forma en un entorno tangible, como son las calles y plazas.

Espacializar va más allá de ocupar un lugar físicamente, es sobre cómo las ideas y prácticas se toman el espacio, interactúan en dicho lugar, desencadenando acciones que esbozan aspiraciones de futuro, creando oportunidades para la transformación social, en este caso un futuro mejor para las mujeres.

Elaboración de la bandera mapuche Wenufoye

En el contexto de marchas políticas, la elaboración de símbolos representa la creación de una imagen visual que encarna un mensaje específico, diseñado para transmitir una idea o propósito concreto. Para su creación, es esencial identificar el mensaje deseado y, a partir de ahí, trabajar con elementos visuales signos, símbolos, colores y tipografía, a menudo en un proceso colaborativo. Una vez diseñado, su difusión puede darse a través de diversos medios, incluidas redes sociales, amplificando su impacto. Aunque suelen diseñarse previamente en espacios controlados, durante eventos como el estallido social en Chile, algunos símbolos se crearon in situ. Diversos colectivos y movimientos sociales, feministas, pueblos originarios, entre otros, han utilizado símbolos para comunicar sus mensajes. Estos pueden manifestarse en varios formatos, como banderas, pancartas, camisetas, entre otros, siendo herramientas poderosas para generar resonancia en el marco de movimientos sociales.

Desde esta perspectiva, uno de los símbolos más significativos elaborados tras el retorno a la democracia en Chile fue la elaboración de la bandera mapuche. Este emblemático símbolo fue creado por el Consejo de Todas las Tierras en el contexto de la búsqueda del reconocimiento constitucional de los pueblos originarios durante el proceso de restauración democrática en el país. Según Pairican y Canales (2022), el movimiento mapuche tomó protagonismo tras la firma del Pacto de Nueva Imperial. El año 1992, marcando el quinto centenario de la colonización de América, fue un periodo esencial para los pueblos originarios de Chile, durante la administración de Aylwin, se encendió el debate en torno a la Ley Indígena, destacando las diferencias en las visiones sobre autodeterminación y reconocimiento entre el Estado y los pueblos originarios.

En este contexto y en medio de la controversia sobre la identidad mapuche-chilena, emergió el deseo del pueblo mapuche de reafirmar su autonomía. Como respuesta, se diseñó la bandera mapuche, no solo como reflejo de su identidad y aspiraciones sino también como un símbolo de una nación distinta. Esta creación estuvo respaldada por la convicción de que “los mapuches son los primeros habitantes de este territorio” (Consejo de Todas las Tierras, 1992), lo que impulsó acciones como las recuperaciones de tierras y críticas a la Ley propuesta (Pairican, 2012).

La bandera, llamada Wenufoye o “canelo del cielo”, representa uno de los árboles sagrados del pueblo mapuche. Su diseño fue fruto de un proceso participativo que buscaba reflejar la historia y cultura mapuche. El 5 de octubre de 1992, esta bandera fue presentada en Temuco por mapuches y el Consejo de Todas las Tierras, siendo confrontados por la policía. Tras la intervención policial, Aucán Huilcamán² presentó la bandera, convirtiéndola en un símbolo de resistencia contra 500 años de opresión y como un llamado a la autonomía. Con el tiempo, la bandera mapuche se ha establecido como un emblema no sólo para la reivindicación de su pueblo, sino también para otras causas, ondeando junto a la bandera chilena y la bandera LGTB+.

El diseño original creado en tela en 1992 con dimensiones de 90x150 cm. fue confeccionada mediante técnicas tradicionales como corte, cosido y bordado manual, este emblema fusiona la tradición con la modernidad, conservando la esencia del arte mapuche. Su diseño integra elementos clave de la cosmovisión mapuche, como el Cultrún, un tambor que representa la tierra y lleva consigo símbolos del sol, la luna y las estrellas y el Guemil, que se representa como una cruz símbolo del arte de la manufactura, la ciencia y el conocimiento en la cultura mapuche. Estos símbolos, sumados a códigos específicos de diseño, refuerzan la identidad y aspiraciones del pueblo mapuche, a su vez, la bandera encuentra raíces en otros diseños que datan del siglo XVIII otorgándole un legado histórico. A lo largo del tiempo, esta bandera se ha consolidado como un potente medio de expresión en eventos tanto rurales como urbanos, simbolizando diversas formas de resistencia y reivindicación más allá de su significado inicial.

Este proceso de elaboración de un símbolo, está íntimamente relacionado con la visualización, que es esencial en la cultura humana, pues permite manifestar, a través de métodos o herramientas específicas, aquello que no siempre es aparente a la percepción. Esta capacidad de hacer visible lo que normalmente no se ve a simple vista se refiere, en el contexto de las prácticas utópicas, a representar algo por medio de imágenes y hacer visibles prácticas, relaciones, signos y símbolos de una

² Werkén (vocero) del Consejo de Todas las Tierras.

comunidad o movimiento social. La bandera mapuche es un claro ejemplo de esto. No solo es una potente herramienta visual que encapsula y refleja una compleja representación de signos y símbolos del pueblo mapuche, sino que también transmite aspectos significativos de su cultura, historia y valores. Como símbolo, esta bandera representa una idea con elementos asociados por una convención socialmente aceptada y contiene signos que representan objetos con los cuales la comunidad mapuche se identifica.

Cada elemento tiene un significado profundo, desde la representación de la tierra y el cielo hasta la sangre derramada a lo largo de la historia del pueblo mapuche. La incorporación del sol y el kultrún, que evocan la noche, las estrellas y la cosmovisión mapuche, destaca la estrecha relación del pueblo con la naturaleza y su entorno. Además, hay una dimensión utópica en la creación y el uso de la bandera. Por un lado, al enarbolar una bandera de un pueblo que busca su propio territorio y reconoce sus raíces, se conecta con la idea de utopía, que se traduce como "el lugar que no existe". Además, esta bandera representa también la eutopía o "el lugar donde se está bien", reflejando el deseo del pueblo mapuche de alcanzar un estado de bienestar y reconocimiento en su propia tierra. A su vez, al alzar la bandera de un país que aún no tiene territorio y que busca la felicidad es una práctica utópica importante, en este sentido, el pueblo mapuche desafía las normas y concepciones preestablecidas de la sociedad y la institucionalidad de su tiempo. Es una expresión visual de un sistema de pensamiento y valores que no estaban reconocidos o incorporados en la estructura política y social dominante.

Finalmente, la visualización de símbolos y signos, como la bandera mapuche, es fundamental en la cultura humana, siguiendo a Bal & Bryson (2001), "la cultura humana está hecha de signos, cada uno de los cuales representa algo distinto de sí mismo, y las personas que habitan la cultura se ocupan de hacer que esos signos tengan sentido" (Rose, 2016).

La práctica utópica de elaborar la bandera mapuche permite visibilizar la cosmovisión de este pueblo originario y su vínculo con la naturaleza, y a su vez, permite plasmar su anhelo de reconocimiento constitucional y autodeterminación. En definitiva, la visualización de símbolos y signos mediante prácticas utópicas es un medio para desarrollar una identidad colectiva y promover la lucha por una sociedad más justa.

Encuentros Locales Autoconvocados

El diálogo político es esencial para discutir asuntos políticos y hallar soluciones mediante consensos entre diversos actores. Puede variar desde discusiones espontáneas hasta instancias más formalizadas, como cabildos o asambleas.

Mientras que los cabildos tienden a ser formales, las asambleas se inspiran en tradiciones griegas, siendo más orgánicas en su estructura. Los conversatorios, en cambio, son más reflexivos, centrados en el debate sin necesariamente culminar en decisiones concretas. Estos diálogos son cruciales para impulsar cambios sociales, al permitir la discusión, socialización y acción basados en problemas identificados. Durante el estallido social en Chile, espacios como asambleas barriales y conversatorios emergieron como puntos clave de discusión en plazas y juntas de vecinos, mientras que las instituciones educativas y ONGs también ofrecieron espacios para el diálogo. Estos espacios, que pueden ser autoconvocados o institucionalizados, abordan desde temas generales hasta asuntos territoriales, y son esenciales para fomentar la participación ciudadana y facilitar cambios sociales significativos.

Uno de los episodios más destacados y densos de diálogo político en nuestro país, tras la dictadura, fue la organización de los Encuentros Locales Autoconvocados (ELA). Esta iniciativa se propuso como un espacio donde los ciudadanos pudiesen participar activamente en el proceso constituyente de Chile. Los ELA se establecieron como un firme reflejo del deseo colectivo de participar en la elaboración de la futura constitución, logrando convocar a miles de personas. Estos encuentros se centraron en el debate y acuerdo sobre valores, principios, derechos, deberes y la configuración institucional que se desearía en la nueva Constitución.

El contexto en el que emergen los ELA se sitúa en el segundo mandato presidencial de Michelle Bachelet, quien, después de asumir en 2014, subrayó la urgente necesidad de redactar una nueva Constitución. En un esfuerzo por llevar a cabo este ambicioso proyecto, el 28 de abril de 2015, Bachelet anunció el inicio de un proceso constituyente, que aspiraba a reemplazar la vigente Constitución de 1980. Como parte fundamental de este proceso, se propuso un método de participación ciudadana que abogaba por una inclusión amplia y diversa, buscando integrar perspectivas de género, territorialidad y de comunidades extranjeras residentes en Chile.

La respuesta ciudadana fue importante, con un registro de 200,000 participantes, de los cuales un 47.25% fueron mujeres. Este proceso culminó con la entrega, en enero de 2017, de un informe que resumía los valores y principios priorizados por la ciudadanía, incluyendo la democracia, igualdad, justicia, respeto al medio ambiente, entre otros. De igual manera, se destacaron derechos fundamentales como la salud, educación, vivienda digna e igualdad ante la ley, así como deberes asociados al respeto de los derechos de otros, protección de la naturaleza y el patrimonio histórico-cultural. Estos hallazgos quedaron consignados en el documento "Bases Ciudadanas para la Nueva Constitución", que posteriormente serviría como cimiento para la redacción del nuevo texto constitucional. Al presentar estos

resultados, la presidenta Bachelet subrayó la amplia participación popular en este proceso, en contraste con procesos constituyentes anteriores en el país, donde la elaboración estuvo en manos de un número limitado de personas.

En su estructura, los ELA representaban el primer nivel de un proceso participativo de cuatro etapas diseñado por el Ministerio Secretaría General de la Presidencia. La meta principal era que las personas generaran consensos en torno a los temas fundamentales que deberían estar en la nueva Constitución. Cada encuentro estaba diseñado para ser autoconvocado por grupos de ciudadanos, instituciones u organizaciones, permitiendo así un genuino carácter democrático y participativo. En resumen, los ELA encarnaron una práctica transformadora que buscaba replantear y redefinir el horizonte político y social de Chile a través del diálogo y la participación activa de sus ciudadanos.

Los Encuentros Locales Autoconvocados (ELA) proporcionaron un espacio donde los ciudadanos discutieron temas clave en el marco de la propuesta de reforma constitucional en Chile. En este contexto, el presente estudio se propuso analizar algunos resultados de estos diálogos, cuestionando si los y las chilenas no solo lograron proyectar un futuro, sino que también si pudieron proyectarse en él.

El análisis se centró en 47.078 casos, utilizando herramientas de procesamiento de lenguaje natural para llevar a cabo un estudio lingüístico. A través de la codificación, se identificaron varias variables clave, entre ellas, la identificación del sujeto en la acción, el uso del verbo (activo o pasivo), la intención detrás de las declaraciones y el lenguaje empleado para proyecciones futuras. El análisis reveló que la mayoría de los participantes perciben al Estado como el principal actor, mientras que la ciudadanía, en general, se ve a sí misma en una posición pasiva, delegando responsabilidades al Estado. A pesar de esta percepción de pasividad, las respuestas mostraron un carácter mayoritariamente normativo, reflejando un deseo de establecer pautas y comportamientos claros. Sin embargo, al explorar visiones de futuros posibles o aspiracionales, solo un reducido 2,8% de los encuestados empleó el "futuro perfecto", lo que sugiere dificultades para que los ciudadanos chilenos se visualicen en escenarios futuros concretos.

En este contexto, la perspectiva de Gatto (2018) sobre la *futurización* cobra relevancia. El autor define este concepto como un modo cultural que contribuye a la producción social mediante la generación de imágenes futuras que estructuran prácticas e instituciones sociales. Estas imágenes y proyecciones están enlazadas con estrategias con "líneas objetivamente orientadas que se construyen sin cesar en la práctica y que se definen en el encuentro entre un habitus (Bourdieu, 1995:80) y una coyuntura" (Gatto, 2018:32), y que predisponen del individuo ante la virtualidad de los acontecimientos futuros.

La *futurización*, entendida como un proceso cultural, implica la proyección de aspiraciones hacia el futuro, apoyada en la creatividad, la imaginación y el lenguaje que se despliega en el espacio. El uso del lenguaje y la *futurización* entendido como un fenómeno lingüístico, no solo incorpora las expectativas de una sociedad o individuo, sino que también facilita la visualización en ese futuro, potencia la auto representación en el, promoviendo la organización de prácticas sociales basadas en escenarios futuros deseados.

CONCLUSIONES

El concepto de utopía surge con Tomás Moro, quien describe una organización social y política ideal basada en principios racionales. A partir de su obra, la utopía se convierte en una crítica al presente, representada mediante relatos ficticios de sociedades ideales. La utopía como pensamiento holístico, que conecta el pasado y el futuro, se percibe como un motor de transformación que impulsa el progreso de la humanidad. Por otro lado, el concepto de utopía crítica vincula el futuro con las contradicciones del presente. A diferencia de las utopías tradicionales, esta visión tiene un enfoque dialéctico, donde la esperanza actúa como una fuerza activa en la transformación histórica. La utopía revela las posibilidades ocultas en la sociedad actual y permite imaginar un futuro más prometedor. En este sentido, el pensamiento utópico no es un ejercicio de fantasía, sino una herramienta que interviene en la realidad, transformando lo que ya existe.

La utopía es más que un concepto teórico; es una proyección de esperanza que toma forma en el espacio físico mediante la imaginación y la acción. La relación entre utopía y espacio se fundamenta en la idea de que los ideales utópicos no solo critican el presente o proyectan futuros alternativos, sino que necesitan materializarse en lugares concretos. El espacio, por tanto, no es solo un escenario, sino también el medio en el que el pensamiento utópico cobra forma. Es en este espacio donde las prácticas utópicas, impulsadas por la esperanza y la imaginación, se manifiestan mediante imágenes, lenguaje y acciones concretas.

Esta relación entre utopía y espacio se complementa con la conexión entre utopía y futuro, ya que ambos conceptos son inseparables. Mientras la utopía proyecta una visión ideal ausente en el presente, el futuro representa el espacio temporal donde ese ideal puede concretarse. En este sentido, el tiempo actúa como mediador entre la crítica del presente y la posibilidad de un futuro mejor, de manera similar a como el espacio materializa los ideales utópicos en la realidad. La esperanza, como fuerza transformadora, se construye a través de la imaginación, que no solo visualiza el futuro deseado, sino que también lo acerca al presente mediante la transformación de los espacios. Así, utopía, espacio y futuro se entrelazan, creando una dinámica en

la que los ideales toman forma tanto en el tiempo como en el espacio.

Latinoamérica ha tenido una relación compleja con la utopía, reflejada en sus luchas históricas y aspiraciones de liberación. Chile es un claro ejemplo de esta relación. Durante la década del setenta, el país experimentó un fuerte impulso utópico, construido desde los macro relatos socialistas de la época que buscaban reformar el estado y la sociedad. Desafortunadamente, este movimiento fue abruptamente interrumpido por el golpe militar que instauró políticas neoliberales y desmanteló el Estado y la solidaridad social. Sin embargo, el deseo de una sociedad más justa nunca desapareció del todo. En 2019, el estallido social en Chile mostró el malestar de una sociedad neoliberal, pero también evidenció el renacimiento del espíritu crítico y utópico, culminando en la decisión de redactar una nueva Constitución.

Estos acontecimientos a lo largo de los años destacan la persistencia del pensamiento utópico en Chile. Esta visión anclada en prácticas, están basadas en conceptos de espacialización, visualización y futurización, las prácticas estudiadas se han analizado a través de una lente interdisciplinar, utilizando métodos de diseño urbano, análisis visual y lingüístico. Este enfoque ha permitido no solo identificar, sino también comprender las complejas interacciones entre espacio, símbolo y lenguaje en la articulación de la utopía.

De las seis unidades identificadas durante el estallido social, el estudio aborda en profundidad tres prácticas utópicas claves en el desarrollo del continuo constitucional chileno: la marcha, el símbolo y el diálogo. Cada una de estas prácticas se materializa en acciones concretas y tiene implicaciones a corto y largo plazo para la sociedad, estas se identifican como manifestaciones deliberadas y sistemáticas impulsadas por diversos actores y colectivos sociales, todas con la intención compartida de construir y perseguir un nuevo horizonte político. En el análisis comparativo, se profundiza en la naturaleza del acontecimiento, el propósito subyacente, el movimiento social que lo impulsa y la visión utópica que guía cada acción.

La marcha de la píldora del día después, que tuvo lugar en 2008, fue una respuesta a una demanda presentada ante el Tribunal Constitucional. Esta acción fue impulsada por el movimiento feminista y buscaba la reivindicación de los derechos reproductivos de las mujeres. La práctica resaltó la necesidad de cambios en el corto plazo y enfatizó la importancia de la marcha como punto de partida para futuras demandas feministas. Esta práctica ilustra el concepto de *espacialización*, donde visiones y aspiraciones se materializan en un lugar físico, en el espacio las ideas y prácticas se relacionan, desplegando acciones que proyectan anhelos, generando oportunidades para el cambio social y la construcción de futuros diferentes. La marcha de la píldora del día después es emblemática de cómo la espacialización

puede servir como una herramienta de cambio. Movilizar a la gente en espacios públicos es un medio para visibilizar problemas y presionar por soluciones. Las marchas, en su naturaleza, son efímeras, pero dejan huellas duraderas, como en este caso, que marcó un hito en el feminismo post-dictatorial chileno.

Por otro lado, en 1992, surgió la elaboración de la bandera del pueblo nación mapuche. Esta práctica buscaba cimentar la identidad del pueblo mapuche y su deseo de autonomía, especialmente en el contexto de la Ley Indígena y tras 500 años de opresión. Esta acción fue impulsada por el movimiento indígena y buscaba un reconocimiento y una reafirmación a largo plazo de la autonomía e identidad mapuche. Esta práctica destaca el poder de la *visualización*, la capacidad de representar, mediante imágenes y símbolos, ideas y aspiraciones que normalmente no se perciben fácilmente. En este contexto, la bandera del pueblo mapuche es un medio que visualiza y comunica la historia, cultura y aspiraciones de una comunidad. Los símbolos tienen un poder intrínseco para transmitir mensajes complejos de forma simple. En este caso, la bandera representa más que una simple tela, sintetiza siglos de historia, la cultura de un pueblo y sus demandas.

Finalmente, en 2016, los Encuentros Locales Autoconvocados (ELA) marcaron el inicio del proceso constitucional de Bachelet. Esta práctica buscaba la elaboración de una nueva constitución que fuera inclusiva y democrática. Representando la voz de la ciudadanía en general, los encuentros pusieron en relieve la necesidad de un cambio democrático en el sistema constitucional. Esta iniciativa resalta el concepto de *futurización*, es decir, la habilidad de proyectar hacia el futuro, visualizando posibilidades y aspiraciones mediante el lenguaje. A través de este proceso, los ciudadanos expresaron y plasmaron sus aspiraciones en un marco proyectado hacia el futuro, permitiendo -solo a algunos- verse en ese porvenir anhelado. La *futurización*, en este contexto, enfatiza la importancia del lenguaje como una herramienta esencial para construir y compartir narrativas y símbolos que reflejen las esperanzas y deseos de una sociedad. Estos encuentros, aunque no lograron sus objetivos inmediatos, demostraron la necesidad y el deseo de la gente de tener un papel activo en la construcción de su futuro.

En conclusión, la *espacialización* se refiere a cómo las ideas y prácticas se materializan en espacios físicos, la *visualización* aborda la representación visual de prácticas y símbolos, y la *futurización* se centra en la proyección de aspiraciones y posibilidades hacia el futuro a través del lenguaje. El caso chileno es un testimonio de cómo las visiones utópicas pueden surgir incluso en los momentos más desafiantes y cómo estas visiones, cuando se materializan a través de acciones concretas, tienen el poder de moldear la historia y el destino de una nación. La interacción dinámica entre el deseo y la utopía, como se ve en estos ejemplos, es un recordatorio de que, incluso en medio de adversidades, la esperanza puede ser una

fuerza poderosa para el cambio.

La utopía, tradicionalmente entendida como un ideal supremo e inalcanzable, ha sido redefinida en el contexto contemporáneo. En Chile, ya no se trata de un gran relato o de una visión monolítica del futuro, sino de pequeñas prácticas utópicas que emergen en la cotidianidad y se dispersan en la diversidad de experiencias humanas. Estas micro-utopías, por llamarlas de alguna manera, pueden parecer fragmentadas o incluso efímeras, pero juntas, mantienen vivo el deseo a lo largo del tiempo.

Para concluir, estas prácticas utópicas se articulan en el lenguaje y las imágenes, y se despliegan en el espacio, generando un tejido diverso de posibilidades y expectativas. En lugar de una única narrativa dominante, tenemos múltiples narrativas que coexisten, dialogan y a veces incluso chocan entre sí. Cada una de estas prácticas, ya sea una marcha, un símbolo o un diálogo, es una expresión de la utopía en acción. Estas prácticas utópicas, al materializarse en el espacio, generan puntos de encuentro, lugares de resistencia y espacios de transformación. En este sentido, la utopía no es un destino lejano, sino un camino en constante construcción. Las prácticas utópicas no son meros actos aislados, sino esfuerzos colectivos que, juntos, construyen un mosaico de posibilidades. Cada práctica, por pequeña que sea, es un recordatorio de que la utopía está viva, de que es posible imaginar y trabajar hacia un mundo mejor. En este contexto, la utopía no es solo un ideal inalcanzable, sino más bien una fuerza latente en la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- AÍNSA, Fernando (1999). *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- ABENSOUR, Miguel (2019). *Utópicos 1. El proceso de los maestros soñadores*. Buenos Aires: Editorial Marat.
- ABENSOUR, Miguel (2020). *Utópicos 2. El hombre es un animal utópico*. Buenos Aires: Editorial Marat.
- ACEITUNO, Paola (2014). “La prospectiva en la construcción local de políticas públicas”. *Revista de estudios políticos estratégicos* (2)1: 28-49. https://revistaepe.utem.cl/articulos/la-prospectiva-en-la-construccion-local-de-politicas-publicas/#copy_link
- ALMONACID, Cristhian. (2018). “El poder de la imaginación, de la ficción a la acción política. Ideología y utopía en la perspectiva de Paul Ricoeur”. *Recerca, Revista de Pensament i Anàlisi* 22: 153-172. DOI:10.6035/Recerca.2018.22.9
- ARAUJO, Kathya. (2018). “Los anclajes socio-existenciales: el caso de las expectativas de futuro”. *DADOS. Revista de Ciências Sociais* 61(2): 341-71. DOI:10.1590/001152582018155
- BACHELET, Michelle. (2014). *Chile de todos. Programa de Gobierno Michelle Bachelet 2014-2018*. https://www.subdere.gov.cl/sites/default/files/noticias/archivos/programamb_1_o.pdf

- BAL, Mieke y Bryson, Norman (2001). *Looking In: The Art of Viewing*. London: Routledge.
- BLOCH, Ernst (2004). *El principio esperanza I*. Madrid: Trotta.
- BOURDIEU, Pierre (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Madrid: Grijalbo.
- CANALES, Manuel (2022). *La pregunta de octubre. Fundación, apogeo y crisis del Chile neoliberal*. Santiago de Chile: Ediciones LOM.
- DECOUFLÉ, André (1980). *La Prospectiva*. París: Presses Universitaires de France.
- DELEUZE, Gilles. (2005). *Lógica del sentido*. Madrid: Paidós Ibérica.
- FREUD, Sigmund (1999). *El Malestar en la Cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- GARRETÓN, Manuel (2016). *La gran ruptura: Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del Siglo XXI*. Santiago de Chile: LOM.
- GARRETÓN, Manuel (2021). *Política y movimientos sociales en Chile. Antecedentes y proyecciones del estallido social de octubre de 2019*. Santiago de Chile: LOM.
- GATTO, Ezequiel (2018). *Futuridades: ensayos sobre política post utópica*. Rosario: Casagrande.
- NOGUERA, Albert y Goikoetxea, Jule (2021). *Estallidos. Revueltas, clase, identidad y cambio político*. Manresa: Bellaterra Edicions.
- GUATTARI, Félix (2020). *Las luchas del Deseo. Capitalismo, territorio y ecología*. Santiago de Chile: Editorial Pólvora.
- HEFFES, Gisela (2013). *Utopías urbanas: Geopolíticas del deseo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- HÖLSCHER, Lucien (2014). *El descubrimiento del futuro*. Madrid: Siglo XXI.
- KOSELLECK, Reinhart (1993). *Futuro Pasado. Para una Semántica de los Tiempos Históricos*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- LEFEBVRE, Henri (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- LEVITAS, Ruth (1990). *Educated hope: Ernst Bloch on abstract and concrete utopia*. *Utopian Studies* 1(2): 13-26. <https://www.jstor.org/stable/20718998>
- LUNA, Juan Pablo (2021). *La chusma inconsciente: La crisis de un país atendido por sus propios dueños*. Santiago de Chile: Catalonia.
- MARTUCELLI, Danilo (2019). "El largo octubre chileno. Bitácora sociológica". Araujo, Kathya (ed.) *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago de Chile: 369-476.
- AUDI, Robert (ed.) (2004). *Diccionario Akal de Filosofía*. Madrid: Akal.
- MENESES, Patricio (2020). Despertar para soñar: el "estallido social" desde la idea de paradoja en psicoanálisis. *Revista Sul-Americana de Psicología* 8(1), 113-128. <https://doi.org/10.29344/2318650X.1.2217>

MIKLOS, Tomás y Tello, María Elena (2007). *Planeación prospectiva: Una estrategia para el diseño del futuro*. México: Limusa.

MÜLLER, Max y Halder, Alois (2010). *Breve Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Editorial Herder.

MUMFORD, Lewis (2015). *Historia de las utopías*. Logroño: Pepitas de Calabaza.

PAIRICAN, Fernando (2012). “Sembradores de ideología: el Aukiñ Wallmapu Ngulam en la transición de Aylwin (1990-1994)”. *Sudhistoria* (4)13: 12-42. https://www.researchgate.net/publication/352738922_Sembrando_ideologia_el_Aukin_W_allmapu_Ngulam_en_la_transicion_de_Aylwin_1990-1994

PAIRICAN, Fernando y Canales, Pedro (2022) 1993. “Pueblo originarios”. Guida, Alessandro; Nocera, Raffaele; Rolle, Claudio (eds.). *De la utopía al estallido. Los últimos cincuenta años en la historia de Chile*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (1998). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Las paradojas de la modernización*. PNUD. <https://www.estudiospnud.cl/informes-desarrollo/informe-sobre-desarrollo-humano-en-chile-1998-las-paradojas-de-la-modernizacion/>

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. PNUD. <https://www.undp.org/es/chile/publicaciones/desiguales-origenes-cambios-y-desafios-de-la-brecha-social-en-chile>

RICOEUR, Paul (1994). *Ideología y utopía*. Barcelona: Gedisa.

SALAZAR, Gabriel (2022). *La porfía constituyente*. Santiago de Chile: Ceibo.

SANTOS HERCEG, José (2010). *Conflicto de representaciones. América Latina como lugar para la filosofía*. Santiago de Chile: FCE

TUTOR, A. (2016). *Actualizando la utopía. Las espacialidades emancipadoras urbanas*. Barcelona: XIV Coloquio Internacional de Geocrítica. <https://www.ub.edu/geocrit/xiv-coloquio/AritzTutor.pdf>

VALERA, Carlos (2021). “América Latina: del malestar social hacia una nueva agenda de políticas para la cohesión social”. *Taller internacional virtual “Inclusión y cohesión social en América Latina en tiempos de pandemia: desafíos y aprendizajes para Paraguay”* CEPAL – AECID – Ministerio de Desarrollo Social (MDS) de Paraguay. https://www.cepal.org/sites/default/files/events/files/presentacion_c_maldonado_191021.pdf